

Verborreicos balbucientes

Xosé Castro Roig

Traductor, Madrid (España)

A veces, parece como si los idiomas fueran a la comunicación lo que los palillos orientales al comer. Dicho de otro modo: indican un refinamiento evolutivo, un progreso social de los modales... pero, a veces, estos refinamientos —el idioma y los palillos— cumplen torpemente su cometido. Es más práctico gritar «¡dame!» que decir «¿serías tan amable de darme eso?»; y también es más práctico comer con las manos que comer con una suerte de agujas de calcetar.

Por suerte, lo práctico no es siempre el motor de lo humano (qué sería de las artes si fuéramos llanamente prácticos), y así tenemos que los idiomas se debaten entre lo netamente funcional y el artificio de lo cortés que en teoría nos caracteriza como mamíferos superiores.

En la consigna de una estación de autobuses de España hay unas taquillas automáticas que funcionan con monedas. La puerta de la taquilla tiene una pantalla (*display*, como *traduciría* algún colega mío) en la que se ofrecen instrucciones en varios idiomas, entre ellos, sorpresivamente, el «inglés británico» y el «inglés estadounidense». Las instrucciones redactadas en este último se caracterizan por el pleonasma y la redundancia:

Asegúrese de que la puerta esté abierta.
Asegúrese de haber metido la moneda [...].
Confirme que ha cerrado la puerta.

Y es precisamente esa cantidad de información inútil y farragosa la que a veces se traslada a nuestro idioma en muchos documentos pobremente traducidos. Eso mismo, en español, se zanja con un

Abra la puerta.
Meta la moneda [...].
Cierre la puerta.

En esa misma estación de autobuses pude oír por megafonía varios anuncios de este jaez:

El autobús procedente de Soria efectuará su entrada por puerta uno y se estacionará en la dársena cuatro.

Me pitaban los oídos solo con visualizar un autobús que entrara en una dársena sin remos, y respecto a «efectuar la entrada»... ¿se imagina usted cediéndole el paso a alguien ante una puerta y diciéndole amablemente: «Por favor, efectúe usted la entrada primero, que yo la efectuaré después de usted»?

A eso me refiero: hay algunos hablantes que en ciertos contextos ofrecen un discurso pomposo con ornatos y elementos vacuos; y esos mismos hablantes, paradójicamente, presentan en otras situaciones un discurso balbuciente que omite preposiciones, artículos, pronombres y verbos.

¿No se han fijado? Es una costumbre muy extendida omitir vocablos cuando no hay restricciones de espacio ni de tiempo y cuando el ahorro que supone la omisión es irrelevante y no mejora el mensaje: se omiten preposiciones en nombres de calles, plazas y avenidas (*plaza Castilla*); preposiciones en tantos y tantos mensajes aeroportuarios (*por favor, embarquen puerta dos*); verbos (*para información, llame...; para su mayor descanso, compre...*), etcétera.

Recuerdo el texto de un cartel que había a la entrada de un museo. En aquella hoja había espacio suficiente para escribir correctamente todo el mensaje, pero la balbuciente mente del redactor se lo impidió. Decía así:

POR FAVOR ENTREN OTRA PUERTA.
DEJEN BOLSOS Y CAMARAS FOTO EN CONSIGNA.
FOTOS Y VIDEO PROHIBIDO.
GRACIAS.

Después del «gracias» alguien había escrito a mano la onomatopeya mil veces repetida por los indios en las películas de vaqueros: «JAU». No es para menos.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).